

## Jesús, nuestro Hermano fiel

**E**n la antigua Mesopotamia, existía una práctica conocida como el ritual del rey sustituto. Arroja luz sobre lo que Jesús ha hecho por nosotros.<sup>1</sup> Cuando se producían malos presagios que se entendían como una amenaza para la vida del rey, se elegía un rey sustituto. Estos malos augurios eran, por ejemplo, un inminente eclipse de Sol, de Luna o de uno de los planetas. La idea era que el rey sustituto atraería los efectos de los malos augurios a su propia persona, y así protegería al rey. El sustituto era elegido por los adivinos y se le advertía que se haría cargo de los malos presagios. Era entronizado y vestido como un rey, y recibía las insignias reales (corona, manto, arma, cetro). Le asignaban una reina que compartiría su destino. Desempeñaba el papel de rey presentando ofrendas y quemando incienso, pero no gobernaba; solo desempeñaba el papel de rey públicamente.

En ocasiones, el suplente era una persona de elevada posición. En otras ocasiones, se elegía a un loco. (Según Plutarco, el sustituto de

1. Ver John H. Walton, "The Imagery of the Substitute King Ritual in Isaiah's Fourth Servant Song", *Journal of Biblical Literature* 122, N° 4 (invierno 2003), pp. 734-743, <https://doi.org/10.2307/3268075>

Alejandro Magno era un criminal).<sup>2</sup> Sin embargo, la posición de la persona parecía importante, porque algunos textos muestran que a los simplones se les otorgaban elevados cargos antes de ser instalados como reyes sustitutos. Una vez instalado, el rey sustituto asumía las amenazas al rey, recitando las letanías de mal augurio. Luego, eran escritas y dobladas en el borde de su túnica. Finalmente, al final del período, el rey sustituto y su reina eran ejecutados, y se les daba un funeral real. De esta manera, el rey sustituto redimía al rey y al príncipe, y la tierra era purificada de demandas contra ellos para que pudiera prosperar.<sup>3</sup> Un texto antiguo explica esto de manera sencilla y bella: “[Dami]ki], el hijo del prelado de Akka[d], que había gobern[ado] Asiria, Babilon[ia] [y] todos los países, [mu]rió con su reina en la noche de [tal día] como sustituto del rey, mi señor, [y por el bien de la vi]l]da de Samas-sumu-uki[n]. Asumió este destino en busca de su redención”.<sup>4</sup>

De manera similar, Jesús murió como el rey sustituto de Adán y de la humanidad que Adán representaba, para redimirnos de la amenaza legal de la muerte eterna debido a nuestros pecados. Sin embargo, la práctica mesopotámica del rey sustituto ilustra bastante débil la profundidad, la complejidad y el drama involucrados en nuestra redención. Para empezar, el Rey sustituto no es un tonto, sino el mismo Dios, el Creador y Gobernante del Universo. Además, es cierto que en algunos casos se elegía a un elevado funcionario en la antigua Mesopotamia como rey sustituto, pero la idea era proteger al soberano. En nuestro caso, el Soberano del Universo muere para redimir a Adán, el gobernante subordinado de este mundo, y a la humanidad que Adán representaba. Finalmente Jesús, quien es Dios mismo, murió como Rey sustituto para protegernos de nuestra pecaminosidad, no para protegernos de las amenazas y la ira de los dioses. Sin embargo, para comprender mejor la relación entre Jesús y nosotros, debemos comprender el enredo de Israel y la solución de Dios para él.

2. *Ibíd.*, p. 737.

3. *Ibíd.*, pp. 737, 738.

4. *Ibíd.*, p. 738.

## El enredo de Israel

Israel era el heredero de las grandes y magníficas promesas de Dios. Si Israel hubiera obedecido fielmente a Dios, cumpliendo cuidadosamente todos sus mandamientos, él los habría colocado muy por encima de las naciones, como un reino de sacerdotes y una nación santa (Deut. 28: 1; Éxo. 19: 5, 6). Dios los habría bendecido en la ciudad y en el campo con fertilidad (tanto en el hogar como en el campo), abundancia, éxito en sus empresas, victoria en la guerra, dominio sobre sus enemigos y preeminencia como cabeza de las naciones (Deut. 28: 2-13). En resumen, Dios les había prometido: "Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedecieres los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas, y si no te apartares de todas las palabras que yo te mando hoy, ni a diestra ni a siniestra, para ir tras dioses ajenos y servirles" (Deut. 28: 13, 14).

El problema fue que Israel siempre era inconsistente en su obediencia. Estas promesas fueron dadas luego de las grandes victorias que Israel había obtenido sobre Sehón, rey de los amorreos, y Og, rey de Basán (Núm. 21). Pero, también, justo después de las derrotas espirituales en el desierto, se quejaron y fueron mordidos por "serpientes ardientes" (Núm. 21); y de manera más devastadora en Sitim, adoraron a Baal Peor y se prostituyeron con mujeres moabitas (Núm. 25). Unas semanas después de recibir las asombrosas promesas del Pacto, Israel conquistó Jericó. Sin embargo, Acán rompió el Pacto al robar algunos de los tesoros de Jericó, tesoros que pertenecían a Dios y habían sido destinados a la destrucción. El resultado fue que las fuerzas de Israel fueron derrotadas dolorosamente en su guerra posterior contra la pequeña ciudad de Hai. Dios le explicó a Josué: "Los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos" mientras ellos permitan la transgresión del Pacto en medio de ellos (Jos. 7: 12).

Israel heredó grandes y amplias promesas, pero esas promesas dependían de su fidelidad a las leyes y los requisitos del Pacto. Y este era

su enredo. Nunca pudieron ser completamente fieles a Dios como nación, por lo que sus promesas solo se cumplieron parcialmente, sin llegar nunca a su plenitud. Dios, sin embargo, no se rindió. Por medio del pacto davídico, estableció una forma de escapar de su dilema.

## El pacto davídico

Dios le prometió a David que construiría una “casa” para David; es decir, una dinastía gobernante. Dios levantaría un “hijo” para David, a quien Dios adoptaría como su propio “hijo” y establecería con él su Trono y su Reino para siempre. Ese hijo construiría una casa para Dios, con el fin de que Dios pudiera morar en medio de ellos (2 Sam. 7: 12-14).

Las promesas hechas a David cambiaron la relación de pacto entre Dios e Israel. Un análisis de esas promesas muestra que el hijo prometido llegó a encarnar la relación de pacto entre Dios y la nación. Por lo tanto,<sup>5</sup> encarnando a Israel, quien también había sido llamado “hijo” y “primogénito”.<sup>6</sup> Además, Dios le confirmó las promesas previamente dadas a Israel de un “lugar” donde “descansarían” de sus enemigos,<sup>7</sup> y la promesa de su presencia permanente entre ellos al aceptar una “casa” que se construiría para su “nombre”.<sup>8</sup> En otras palabras, Dios anunció que el hijo prometido a David, el Mesías, sería el Representante de Israel.<sup>9</sup>

La relación entre el hijo prometido e Israel es fascinante. El hijo no reemplaza a Israel como el “hijo de Dios”, sino que lo representa. De manera similar, el pacto davídico no reemplaza el pacto de Dios con

5. 2 Samuel 7: 14; Salmo 2: 6, 7; 89: 27.

6. Éxodo 4: 22, 23.

7. 2 Samuel 7: 9–11a.

8. 2 Samuel 7: 12–16; Salmos 132: 11–14.

9. Para profundizar en este tema, ver Félix H. Cortez, “The Son as Representative of the Children in the Letter to the Hebrews”, *Son, Sacrifice, and Great Shepherd: Studies on the Epistle to the Hebrews*, eds. David Moffitt y Eric Mason, *Wissenschaftlich Untersuchungen zum Neuen Testament* 2, N° 510 (Tübingen: Mohr Siebeck, 2020), pp. 34, 35.

Israel. Las leyes promulgadas en el Sinaí seguirían aplicándose. De hecho, el hijo prometido construiría una “casa” para el “arca de Dios” (2 Sam. 7: 1, 2) que contenía las leyes dadas en el Sinaí (1 Rey. 8: 9; 2 Crón. 5: 10). Por lo tanto, el rey y el pueblo seguirían sujetos a los mandamientos proclamados en el Sinaí.<sup>10</sup> Lo que realmente sucedió es que el pacto de Dios con David injertó a la monarquía en la relación de pacto existente entre Dios e Israel.

Las implicaciones del pacto davídico son impresionantes. Las promesas de Dios a Israel requerían que todo Israel fuera fiel para que se cumpliesen. (Recuerda lo que sucedió con Acán en Josué 7).<sup>11</sup> Sin embargo, la promesa de Dios a David aseguraba el cumplimiento de las promesas del pacto de Dios con Israel mediante la fidelidad de una persona, el rey prometido. La conexión entre la fidelidad del rey y el cumplimiento del pacto de Dios con la nación es particularmente evidente en la confirmación de Dios a Salomón de las promesas que le había hecho a su padre, David: “Ya que estás construyendo este Templo, quiero decirte que, *si andas* [singular] según mis decretos, y obedeces mis leyes y todos mis mandamientos, yo cumpliré por medio *de ti* [singular] la promesa que le hice a tu padre David. Entonces viviré entre los israelitas, y *no abandonaré a mi pueblo Israel*” (1 Rey. 6: 12, 13, NVI; énfasis añadido). Dios le informó explícitamente a Salomón que, si era fiel, la relación de pacto de Dios con la nación permanecería. La conclusión de Avraham Gileadi es adecuada: “El pacto davídico eliminó la necesidad de que todo Israel, para un hombre, mantuviera la lealtad a YHWH para merecer su protección”.<sup>12</sup>

Otro aspecto asombroso es que el pacto davídico es incondicional. Ni Israel ni David pudieron hacer nada para romperlo (2 Sam. 7: 12–16).<sup>13</sup> Los hijos de David a lo largo de las generaciones se rebelarían contra

10. Por ejemplo, 1 Reyes 6: 12, 13.

11. Ver también Josué 22: 10 al 34, especialmente el versículo 18, y Números 25.

12. Avraham Gileadi, “The Davidic Covenant: A Theological Basis for Corporate Protection”, en *Israel’s Apostasy and Restoration: Essays in Honor of Roland K. Harrison*, ed. A. Gileadi (Grand Rapids, MI: Baker, 1988), p. 160.

13. Ver Cortez, “The Son as Representative”, pp. 37–39.

Dios y quebrantarían sus mandamientos, y aunque Dios los castigaría, su infidelidad no podría revocar sus promesas: Dios permanecería fiel para siempre.

La naturaleza perdurable de la promesa es asombrosa. Esto fue posible solo porque Dios sabía que iba a enviar a su propio Hijo, nacido en la casa de David. Viviría una vida de perfecta fidelidad a Dios para que se cumplieran las promesas de Dios a Israel.<sup>14</sup> El Hijo prometido, Dios encarnado, edificaría en su propio cuerpo un Templo para que Dios pudiera habitar entre nosotros y pudiéramos ver su gloria (Juan 1: 14; 2: 18-21). Por lo tanto, la promesa de Dios de un Hijo a David confirmó el Pacto y lo transformó. Convirtió un pacto que estaba condicionado a la fidelidad de Israel para el cumplimiento de sus promesas en un pacto incondicional que dependía de la fidelidad de Dios. El Hijo, al convertirse en nuestro Representante, medió en un mejor pacto basado en mejores promesas.<sup>15</sup>

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!

“Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?

“¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rom. 11: 33-36).

## La fidelidad del Hijo

Al encarnar al pueblo de Dios y ser perfectamente fiel, Jesús, el Hijo, reclamó y recibió la herencia que Israel había perdido.<sup>16</sup> Jesús verdaderamente se convirtió en la “segura y firme ancla del alma” para los hijos (Heb. 6: 19).

---

14. Gálatas 4: 4-8; Romanos 1: 3, 4; Lucas 1: 31-33.

15. Hebreos 8: 6.

16. Hebreos 1: 2; 2: 6-9; 9: 15; cf. Hebreos 4: 14-16; 6: 19, 20; 9: 11-14.

Al convertirse en su Sustituto, Jesús puso a su disposición todos los beneficios de su fidelidad y sus derechos como heredero del Padre.<sup>17</sup>

La fidelidad de Jesús es importante porque ha hecho posible lo que Dios siempre tuvo en mente pero no pudo cumplir debido a nuestra pecaminosidad: cumplir las promesas del Pacto hacia nosotros. Por lo tanto, al vivir una vida perfecta, Jesús se convirtió en el Gobernante del mundo, y recuperó lo que Adán había perdido (Sal. 8: 4–8; Mat. 28: 18–20). Tiene acceso directo a Dios, al superar la separación que fue creada por la Caída.<sup>18</sup> Se ha convertido en “heredero de todo” (Heb. 1: 2). Por tanto, el Pacto y los propósitos de Dios se han cumplido en la persona de Jesús, nuestro Hermano fiel.

Es importante señalar que los beneficios de los que disfruta Jesús no son suyos por la gracia de Dios, sino como el cumplimiento de una promesa legal o de un pacto. Dios se había comprometido, mediante un juramento, a otorgar todas las bendiciones del Pacto sobre sus hijos obedientes (Éxo. 19-24; Deut. 28, 29). Jesús cumplió las condiciones; por lo tanto, las bendiciones son suyas. Sorprendentemente, la gracia reside en el hecho de que Dios envió a su Hijo *como nuestro Representante* para sufrir las maldiciones del Pacto en nuestro lugar, con la intención de que las bendiciones del Pacto pudieran ser nuestras. Esto es posible porque el Hijo se ofreció a sí mismo, antes de la fundación del mundo, como sacrificio para redimirnos.<sup>19</sup> El propósito era que, por medio de él, ¡todos pudiéramos volver a ser hijos y herederos de Dios!<sup>20</sup>

El éxito de los propósitos de Dios nunca estuvo en duda, porque nunca dependió de la fidelidad humana sino de la propia fidelidad de Dios (2 Tim. 2: 13). Lo que permanece en duda es si tú y yo aceptaremos la victoria de Jesús y los propósitos salvíficos de Dios en nuestro favor. El dilema de Israel es el mismo dilema que tú y yo enfrentamos: las bendiciones del Pacto requieren una obediencia perfecta. De

17. Ver Cortez, “The Son as Representative”, p. 41.

18. Génesis 3: 24; Mateo 27: 51; Marcos 1: 10; Hebreos 10: 19–22.

19. Juan 17: 24; Efesios 1: 4; 1 Pedro 1: 20.

20. Juan 1: 12; Gálatas 4: 4–7.

hecho, es el mismo dilema que enfrentaron Adán y Abraham. Pero Dios, desde el principio, dio la respuesta: Te daré un Hijo, Jesús (Gén. 3: 15; 22: 18; Gál. 3: 16). Aquellos que están "en él", es decir, aquellos que lo abrazan, que aceptan su liderazgo y su acción en su vida, han cumplido perfectamente las condiciones: "ser hallado en él, no teniendo [nuestra] propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil. 3: 9). "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8: 1).

Somos asombrosamente lentos para comprender la magnitud de la salvación de Dios en Jesús. Cuando Jesús se acerca al Padre para pedirle las promesas del Pacto en nuestro beneficio, no está pidiendo un favor: él está exigiendo los beneficios legales y legítimos de su vida fiel a un Padre que estableció el sistema y lo protegió resueltamente para que el Hijo pudiera reclamar a nuestro favor. "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Heb. 4: 16).